

**SOBRE LA CONFERENCIA DE JESÚS MOSTERÍN
“NATURALEZA HUMANA, BIOLOGÍA
Y CONVENCION”***

Roberto Torretti

Universidad Diego Portales

Resumen: Comentando la conferencia de Jesús Mosterín, se destaca en estas páginas que las enseñanzas de Darwin en modo alguno implican que estemos constreñidos a comportarnos de la manera más favorable a la supervivencia y propagación de nuestros genes. Al contrario, al mostrar que nuestra vida ha podido llegar a ser lo que es aunque no tenga un propósito fijado por Dios o por la naturaleza, Darwin nos liberó para conferirle un sentido nosotros mismos.

**ABOUT JESÚS MOSTERÍN’S LECTURE “HUMAN
NATURE, BIOLOGY AND CONVENTION”**

Abstract: *Commenting on Jesús Mosterín’s lecture, the author emphasizes that Darwin’s teachings in no way imply that we are constrained to behave in the manner best suited to the survival and propagation of our genes. On the contrary: by showing that our life could evolve as it did, even if it lacked a purpose fixed by nature or by God, Darwin freed us to set the meaning of life on our own.*

ROBERTO TORRETI. D.H.C. Universidad Autónoma de Barcelona; Dr. Phil. Universidad de Freiburg i. Br.; Profesor emérito, Universidad de Puerto Rico. Miembro de número del Institut International de Philosophie y de la Académie Internationale de Philosophie des Sciences. Académico de la Universidad Diego Portales (Santiago, Chile). Dirección electrónica: roberto.torretti@gmail.com.

* Comentario a la presentación de Jesús Mosterín en seminario realizado en el Centro de Estudios Públicos el 6 de noviembre de 2012. Véase en esta misma edición conferencia del profesor Mosterín. (N. del E.)

Agradezco a Lucas Sierra y al Centro de Estudios Públicos la invitación a comentar las palabras de mi amigo y socio Jesús Mosterín sobre “Naturaleza humana, biología y convención”.

Como no tengo nada que agregar a su luminosa presentación del pensamiento biológico vigente acerca de la naturaleza humana, pienso que lo mejor será que les diga primero qué significado humano adjudico a estas ideas y que luego aborde un problema que ellas suscitan en vista de nuestra peculiaridad, que Jesús Mosterín resalta insoslayablemente cuando caracteriza al ser humano, no ya —con la frase de Aristóteles— como ζῷον λόγον ἔχων, el “animal que habla y discurre”, sino como ζῷον νομοθέτης καὶ νόμιμος, el *animal que establece y acata convenciones* (entre otras, las que conforman el lenguaje).

Gracias a la biología darwiniana, ya no hace falta suponer un plan previo ni un fin ulterior para entender la variedad de los organismos vivos y la funcionalidad de su anatomía y fisiología. Variedad y funcionalidad se explican por la mutación aleatoria de los genomas y la selección natural de los más aptos. La lucha de los organismos por sobrevivir y reproducirse se encarga de eliminar los genomas menos agraciados, al menos entre las plantas y los animales menos sofisticados que nosotros, que mantenemos redes de protección social favorables a la supervivencia y reproducción de todos.

Ahora bien, al establecer una biología que no necesita suponer un propósito divino del mundo, al prescindir de un fin global y predestinado que oriente y gobierne la vida de animales y plantas, Darwin no ha barrido con el sentido de la vida humana, sino que, muy por el contrario, ha despejado el terreno para que veamos con claridad lo que debió siempre ser obvio: para que nuestra vida tenga un sentido, tenemos que fijarlo y sostenerlo nosotros mismos.

Esto significa que podemos, si queremos, ordenar nuestra conducta y organizar nuestra sociedad de la manera que juzguemos más favorable a la supervivencia y multiplicación del *Homo sapiens*, pero no estamos obligados a ello, pues la existencia y propagación de una especie zoológica no obedece a un mandato divino. Quienes vean aquí una finalidad natural, a la cual se pretende que sometamos nuestras vidas, colocan al gen egoísta en el lugar del destronado Dios bíblico, una operación de reemplazo que puede ser muy bienvenida para quien tema hacerse cargo de su propia vida, pero en la que aquello que Jean-Paul

Sartre llamó la mala fe resalta aún más conspicuamente que en la creencia desplazada.

Importa destacar que, cuando hablo como hablo, no estoy suponiendo ni por un instante que exista en cada uno de nosotros o en el cuerpo social —¿dónde?, ¿en la glándula pineal?, ¿en la llama del Altar de la Patria?— un agente causal independiente del acontecer cósmico, que inspire nuestro pensamiento y nuestro querer, y genere y respalde nuestras decisiones. Solo atiendo al hecho manifiesto de que pensamos y queremos, y de que, dentro de límites estrechos pero flexibles, nos hemos probado capaces de modificar las cosas para ajustarlas a nuestra voluntad. Las decisiones que tomamos bien podrían depender parcial o enteramente de procesos químicos presentes o pasados, y en último término de nuestro respectivo patrimonio genético; aunque, hasta donde sé, ningún neurólogo ha propuesto siquiera una hipótesis que detalle de un modo verosímil cómo se llevaría a efecto la determinación bioquímica de nuestra voluntad a través de las instrucciones para la síntesis de proteínas que contiene el genoma humano.

Por otra parte, una determinación genómica —parcial, pero decisiva— del comportamiento humano halla un fuerte asidero y respaldo en la teología cristiana, que proclama la transmisión hereditaria del pecado de Adán y Eva a todos sus descendientes. Ella nos incapacita efectivamente para ganar el cielo sin la mediación de la sangre del Redentor. Dado que el agua del bautismo no parece afectar la estructura química ni el orden de los codones del niño bautizado, cabe presumir que este sacramento milagrosamente purifica la sustancia del genoma trasmisor del pecado, sin alterar una sola de sus cualidades fenoménicas.

Para quienes todavía reconocemos un valor voluptuario al distinguo entre cosa en sí y fenómeno (por ejemplo, habilita malabarismos como el que acabo de sugerir), pero no comprendemos su utilidad, ni su necesidad, la cuestión verdaderamente provocativa que el darwinismo nos presenta es otra.

Conforme a la ortodoxia darwiniana favorecida por la mayoría de los biólogos y filósofos de la biología, las numerosísimas y sorprendentes novedades que han aparecido en organismos vivos en el curso de los últimos 3.500 millones de años son el efecto de un sinnúmero de causas que, combinadas, operan como un *chance set-up*, una rueda de la fortuna; pero la fijación hereditaria de algunas de esas novedades como

ingrediente de los patrimonios genéticos de especies estables responde a su funcionalidad, esto es, a su contribución positiva a la propagación duradera de los genes que las aportan y transmiten, la cual supera a la contribución alternativa de los genes que ellos reemplazan y que, por eso mismo, acaban desplazando. Ahora bien, los seres humanos exhibimos tendencias y ejercemos preferencias que, hereditarias o no, se repiten de generación en generación y que sin embargo no parecen ser funcionales, en el sentido descrito, en cuanto no contribuyen palpablemente a la propagación del genoma humano en ninguna de sus formas, e incluso en ciertos casos la contrarían. Todos aquí tenemos presente —porque en Chile ha sido tema de mucho debate público durante los últimos meses— la existencia de preferencias sexuales cuyo ejercicio conduce fatalmente, en lo que a reproducción se refiere, a un callejón sin salida. Pero aún dejando este caso de lado, cabe citar muchos otros en que una tendencia o preferencia que quizás alguna vez quedó fijada en el patrimonio de la especie humana porque servía a una función reproductiva, se ha disparado, en el contexto de la vida civilizada, a extremos que nada tienen que ver con tal función.

Pienso en el intenso esfuerzo y el compromiso absorbente que reclama hoy el cultivo de una ciencia. Sin duda, arraiga en la curiosidad propia de los mamíferos, que tanto ha ayudado a sobrevivir a esta clase de animales a la que pertenecen todos los científicos. Pero los años dedicados por Andrew Wiles y un centenar de sus predecesores a la demostración del último Teorema de Fermat no guardan ninguna proporción con una posible funcionalidad biológica de la curiosidad que inicialmente los motivó.

Pienso asimismo en la composición, ejecución y audición de obras musicales. No se puede negar que el canto ha cumplido desde tiempo inmemorial entre los humanos, no menos que entre los pájaros, la función de aliciente erótico. Y tal vez la música pop, con toda su compleja parafernalia tecnológica, siga sirviendo a la propagación de la especie. Pero si eso es así, la evolución de la llamada música “docta” en Europa, desde el canto gregoriano a la polifonía y el madrigal renacentistas, y luego a la música moderna coral, sinfónica y de cámara, ejecutada por personas que entregan sus vidas a instrumentos difíciles como el piano o el violín, la evolución de esta forma de música, digo, brinda un ejemplo notable de inclinación natural “desriellada” o “salida de madre”; y casi podría decirse otro tanto de la pasión de los aficiona-

dos, que permanecen horas sentados en sillas incómodas, en medio de una multitud sudorosa, para escuchar y saborear cada nota de las suites para cello de Britten, o dilapidan sus ahorros en artefactos cada vez más refinados y costosos para reproducir el sonido de la música.

La desproporción entre las pasmosas inclinaciones y preferencias de las personas y la sencilla función de multiplicar sus genes se manifiesta masivamente en la maraña variopinta e inextricable de convenciones de humana hechura a la que Jesús Mosterín pasó revista en la segunda parte de su conferencia. Convenciones lingüísticas, religiosas, artísticas, científicas, jurídicas, financieras, bélicas, lúdicas, ciudadanas, aldeanas o estrechamente domésticas, cuyo cumplimiento más o menos celoso llena las horas que pasamos despiertos, forman el tejido de la vida que reputamos propiamente humana, que vindica el esfuerzo empeñado y la incomodidad incurrida en mantener andando la carcasa animal requerida para sostenerla. En nuestra aptitud para estipular y acatar una tal multitud diacrónica y sincrónicamente variada de convenciones estriba toda la diferencia entre la comunidad de cerdos descrita por Platón en el libro II de su *Politeia* (372d4-5) y la *civitas* humana; con esa aptitud se erige lo que llamamos el sentido de la vida.

No cuestiono que unas pocas mutaciones ocurridas hace más de cincuenta mil años hayan bastado para transformar a la progenie de una pareja de bípedos implumes en ζῴων νομοθέταις καὶ νόμιμοι, animales que establecen y acatan convenciones. No habría sido la primera vez que —al revés del proverbial parto de los montes— un evento minúsculo haya tenido efectos incalculables.

Pero tampoco pierdo de vista que nadie ha propuesto un concepto claro o siquiera un barrunto oscuro de cuál podría ser el vínculo causal entre una mutación genética —consistente en la permutación o reemplazo de unas cuantas nucleobases en una molécula de ADN— y la aparición de la normatividad sobre la Tierra. □